

Lafayette, los Lameth, todos estos revolucionarios y al mismo tiempo gentiles hombres no habrían escogido y nombrado oficiales más que entre los gentiles hombres. El prejuicio, la tradición, eran demasiado fuertes en favor de éstos; no se reconocía espíritu alguno militar en las clases inferiores; no se adivinaba en manera alguna la multitud de verdaderos hombres que había en el pueblo.

Lafayette fué quien por su amigo el diputado Eumery puso á la Asamblea en situación de tomar las falsas y violentas medidas que tomó contra el ejército, mostrándose parte y no juez; parte en provecho de la contrarrevolución.

El 6 de Agosto Lafayette hizo proponer por Eumery y decretar por la Asamblea que para realizar las deudas y revisar las cuentas de los oficiales, el rey nombraría inspectores *escogidos entre los oficiales*, y que no se infringiría á los soldados expulsiones ignominiosas sino después de un juicio según las fórmulas antiguas, es decir, *celebrado por los oficiales*. El soldado tenía su recurso de apelación en el rey, es decir, en el ministro (oficial también), ó bien en la Asamblea nacional, que aparentemente iba á dejar sus inmensos trabajos para hacerse juez de los soldados.

Este decreto no era más que un arma que se manejaba. Se tenía miedo de *dar un golpe*. Dado el decreto el 6, fué sancionado el 7 por el rey. El 8, M. de Lafayette escribía á M. de Bouillé que debía *dar el golpe*. Esta es la misma frase de que él se sirve y que repite muchas veces.

M. de Lafayette no era de manera alguna sanguinario. No es, pues, su carácter lo que se censura aquí, sino su inteligencia.

Se imaginaba él que este golpe violento, pero necesario, iba á restablecer para siempre el orden. El orden ya restablecido permitiría al fin dejar hacer y que funcionase la máquina, la bella máquina constitucional, la *democracia real* que él miraba como su obra, que amaba y defendía con el amor propio de autor.

Y este primer acto, tan útil al gobierno constitucional, iba á ser realizado por el enemigo de la Constitución, M. de Bouillé, que había dilatado cuanto había podido prestarle el juramento y que le guardaba rencor por estar personalmente resentido contra los soldados, que muy recientemente no habían tenido en cuenta sus órdenes y le habían obligado á pagar una parte de lo que se les debía. Estaba bien allí un hombre calmoso, imparcial, desinteresado, á quien se le podía confiar una misión de rigor; ¿no habría que temer que esto fuese ocasión de una venganza personal?

M. de Bouillé mismo dijo que tenía un plan secreto. Dejar que se desorganizara la parte mayor del ejército, tener seguros y bajo una mano firme, algunos cuerpos, sobre todo extranjeros. Es claro; con estos últimos se podría anular á los otros.

Para utilizar á tal hombre con toda seguridad, sin comprometerse,

Lafayette se dirigió directamente á los Jacobinos, á cuyos jefes enteró del peligro de una vasta insurrección militar.

¡Hecho curioso! Los diputados jacobinos, cuyos emisarios no habían contribuido menos á sublevar las tropas, votaron contra ellas en la Asamblea nacional. Todos los decretos depresivos fueron votados por unanimidad.

La corte llegó á envalentonarse, hasta el punto de no haber temido confiar á Bouillé el mando de las tropas en toda la frontera del Este, desde Suiza hasta la Sambre. Verdad es que estas tropas no eran muy seguras, no pudiendo contar completamente de ellas más que con veinte batallones de infantería, alemanes ó suizos; pero en cambio tenía mucha caballería, veintisiete escuadrones de húsares alemanes y treinta y tres escuadrones de caballería francesa. Además se dió orden á todos los cuerpos administrativos de ayudar y apoyar á Bouillé á todo trance.

Lafayette, para asegurar mejor el éxito, escribió *fraternalmente* á los guardias nacionales y envió dos de sus ayudas de campo; uno de éstos se hizo ayuda de campo de Bouillé y el otro trabajó para adormecer á la guarnición de Nancy y tranquilizar á los guardias nacionales.

Bouillé, que ha explicado él mismo su plan de campaña, deja entrever muchas cosas cuando dice que quería asegurarse por Montmedy una comunicación con el Luxemburgo y el extranjero.

En su carta del 8 de Agosto Lafayette decía á Bouillé que para inspector de cuentas se enviaba á Nancy un oficial, M. D' Malseigne, á quien se hizo venir expresamente de Besaluzon.

Era esta una elección bien amenazadora. Malseigne pasaba por ser un hombre demasiado bravo, maestro en esgrima, muy fogoso y muy provocativo. Extraño inspector de cuentas. Seguramente las saldaría á sablazos. Convenía que se le enviara solo para expresar claramente el reto.

Entretanto los soldados habían escrito á la Asamblea nacional; pero la carta fué interceptada. Enviaron entonces algunos soldados para llevar una segunda carta y Lafayette los hizo detener á su llegada á París.

En cambio se presentó á la Asamblea la acusación contra los soldados enviados por la municipalidad de Nancy, que era adicta á los oficiales.

Eumery sostuvo pérfidamente que el suceso de Chateaufvieux había tenido lugar después de haber sido proclamado el decreto de la Asamblea del día 6. Expuesto así el asunto, sin hacer mención de la fecha del suceso, parecía una violación del decreto, no violado, puesto que era desconocido en Nancy, toda vez que fué proclamado en París horas después del mismo día. Así se presentó como violando el decreto del 6 una insurrección de los soldados de Metz que había tenido lugar muchos días antes.

Por medio de esta exposición artificiosa y mentirosa, se arrancó á la

Asamblea un decreto apasionado é indigno que era una condenación de los soldados; por este decreto debían declarar su error y arrepentirse por escrito, es decir, debían entregar á su adversario pruebas escritas contra ellos. El decreto fué aprobado por unanimidad, sin que nadie hiciera la menor observación.

El 26 llegó Malseigne á Nancy armado del decreto. El orden estaba ya restablecido, pero Malseigne turba, irrita y embrolla. En lugar de apaciguar comienza por injuriar; en lugar de establecerse pacíficamente en el municipio, se va al cuartel de los suizos y rehúsa escuchar á los que reclamaban contra los jefes: «¡juzgadlos!», le gritaban; quieren salir y se lo impiden. Entonces retrocede tres pasos, saca la espada y hiere á muchos hombres. Salta su espada, y tomando otra sale á través de aquella multitud furiosa que, sin embargo, respetó su vida.

Se había conseguido lo que se quería, una bonita provocación, todo cuanto podía parecer una violación y un desprecio de los decretos de la Asamblea. Los suizos estaban comprometidos terriblemente.

Bouillé, para darles pretexto á agravar su causa, les ordenó salir de Nancy; salir era entregarse, no sólo á Bouillé, sino á sus jueces, á sus jefes, ó mejor dicho, á sus verdugos; sabían perfectamente los atroces suplicios que sus oficiales les preparaban y no salieron de la ciudad.

Bouillé no tenía más que obrar. Escogió tres mil hombres de infantería y mil cuatrocientos de caballería, todos ó casi todos alemanes. Para dar algún carácter nacional á aquel ejército de extranjeros, los ayudas de campo de Lafayette recorrieron los alrededores reclutando guardias nacionales. Lograron reunir setecientos aristócratas ó lafayettistas, que siguieron á Bouillé y se mostraron muy violentos y muy furiosos. Pero la masa de los guardias nacionales (cerca de dos mil) no se dejaron engañar, comprendiendo que luchar al lado de Bouillé era luchar contra la Revolución, y se reunieron en Nancy.

Los carabineros de Luneville, donde se había refugiado Malseigne, se preocuparon también de la ejecución sangrienta que se preparaba; ellos mismos entregaron á Malseigne á sus camaradas, obligándole á entrar en Nancy en ropas menores, babuchas y gorro de dormir.

Bouillé observó una extraña conducta. Escribió á la Asamblea rogándole le enviasen dos diputados que pudieran ayudarle á arreglar las cosas, y el mismo día, sin esperar, parte para arreglarlas él mismo á cañonazos.

El 31 de Agosto, el día mismo del exterminio, se leía en la Asamblea esta carta pacífica. Eumery y Lafayette intentaron hacer decretar: «Que la Asamblea aprueba lo que Bouillé hace y haga.»

Una diputación de la guardia nacional de Nancy se encuentra allí felizmente para protestar, y entonces Barnave propuso é hizo adoptar un acuerdo firme y paternal en el que la Asamblea prometía juzgar imparcialmente... ¡Juzgar!, sería un poco tarde; para entonces una de las dos partes no existiría.

Bouillé partió de Metz el 28, de Toul el 29 y el 31 llegó cerca de Nancy. Tres diputaciones de la ciudad, á las once de la mañana y á las tres y las cuatro de la tarde llegaron ante él y le preguntaron sus condiciones.

Los diputados eran soldados y guardias nacionales (Bouillé dijo que era un populacho porque no tenían uniformes). A la cabeza de las dipu-



EL DUQUE DE BRUNSWICK

taciones habían puesto los soldados á individuos del municipio, quienes temblando de miedo cuando se encontraron junto á Bouillé no quisieron volver á la ciudad y permanecieron á su lado, dándole autoridad con su presencia y con el terror que demostraban por volver á Nancy.

Las condiciones del general eran exigir que los regimientos salieran inmediatamente, que entregasen á su prisionero Malseigne y cada regimiento cuatro de sus soldados; esto era duro y deshonoroso para los franceses, pero era horrible para los suizos, que sabían no irían jamás al juicio de la Asamblea, sino que en virtud de las capitulaciones sus jefes los

reclamarían para colgarlos, someterlos vivos al tormento de la rueda ó matarlos á palos.

Los dos regimientos franceses se sometieron, libertaron á Malseigne y comenzaron á salir de la ciudad. Quedó el pobre Chateauvieux solo, con su pequeño número de batallones: alguno de los nuestros, por lo tanto, se avergonzaron de abandonarle; muchos valientes guardias nacionales de la comarca de Nancy vinieron también á ponerse al lado de los suizos para compartir su suerte. Todos juntos ocuparon la puerta de Stainville, la única que había sido fortificada.

Si Bouillé hubiera querido ahorrar sangre, no hubiera tenido que hacer más que una cosa: detenerse un poco á distancia, esperar que los regimientos franceses hubieran salido, después hacer entrar algunas tropas por las otras puertas y poner así á los suizos entre dos fuegos; los hubiera copado sin combate.

Pero entonces ¿dónde estaba su gloria? ¿Dónde *el golpe* imponente que la corte y Lafayette habían esperado de Bouillé?

El mismo refiere dos cosas que le hacen muy poco favor, volviéndose en contra suya: Primeramente que avanzó hasta treinta pasos de la puerta, es decir, que puso cara á cara y en contacto enemigos rivales, suizos y suizos que no podían dejar de injuriarse, de provocarse, de llamarse mutuamente traidores. Además que él dejó la cabeza de la columna para hablar á diputados que hubiera podido fácilmente hacer llegar hasta él: su ausencia tuvo el efecto natural que era de esperar: se lanzaron injurias, gritos, disparos.

Los de Nancy dicen que comenzó por los húsares de Bouillé; Bouillé acusa á los soldados de Chateauvieux. Apenas se comprende, por lo tanto, cómo éstos en tan grande peligro se decidieron á provocar. Querían usar los cañones; un joven oficial bretón, Dérilles, tan atrevido como obstinado, se sentó sobre un cañón; arrojado de allí, volvió á abrazarlo de nuevo: grave incidente que permitía á los de Bouillé avanzar: no se le pudo arrancar del cañón sino á bayonetazos.

Bouillé acudió, se hizo dueño de la puerta, lanzó sus húsares en la ciudad á través de un fuego de fusilería muy nutrido que partía de todas las ventanas. No era solo Chateauvieux el que tiraba ni solamente los guardias nacionales de la comarca, sino la mayor parte de la población pobre que se había declarado por los suizos. Sin embargo, los oficiales de los dos regimientos franceses siguieron el ejemplo de Dèvilles y con más suerte, porque llegaron á retener las tropas en los cuarteles. Desde entonces Bouillé no podía menos de venir.

Por la tarde, restablecido el orden, los regimientos franceses habían partido, los suizos de Chateauvieux quedaban mitad muertos mitad prisioneros. Los que no se rindieron al punto, fueron al cabo hallados en los días siguientes y degollados. Tres días después se cogió todavía á uno y fué cortado en pedazos en el mercado; diez mil testigos lo pudieron ver.

Después de la matanza la ciudad vió un espectáculo más vergonzoso aún, un suplicio inmenso. Los oficiales suizos no se contentaron con diezmar lo que quedaba de sus soldados; había habido muy pocas víctimas: hicieron ahorcar á veintiuno. Esta atrocidad duró todo un día, y para coronar la fiesta el soldado que hacía el número 22 fué enrodado.

Lo innoble, lo infame para nosotros es que estos Nerones hayan condenado aún después de esto cincuenta suizos á galeras (probablemente todos los que quedaban con vida). Nosotros recibimos á estos galeotes; nosotros tuvimos la noble misión de conducirlos y de guardarlos en Brest.

Estas gentes que no habían querido tirar sobre nosotros el 14 de Julio, tuvieron por recompensa nacional un presidio en Francia.

El mismo día 31 de Agosto, ya lo hemos dicho, la Asamblea había hecho la promesa pacífica de una justicia imparcial. Anteriormente había votado dos comisarios pacificadores; Bouillé que los había pedido, no los oyó, había hecho superfluo el proceso exterminando una de las partes. La Asamblea, siquiera en apariencia, debió desautorizar á Bouillé.

No, al contrario... La Asamblea, á propuesta de Mirabeau, dió las gracias á Bouillé por su conducta; votó recompensas á los guardias nacionales que le siguieron, honores fúnebres á los muertos en el Campo de Marte y pensiones á sus familias.

Luis XVI no mostró en esta ocasión el honor al carácter que le era habitual. El gran deseo de ver restablecido el orden, hizo que tuviera *suma satisfacción de este aflictivo pero necesario escarmiento*. Dió las gracias á Bouillé por su buena conducta y le animó á continuar. «Esta carta, dice Bouillé, pinta la bondad, la sensibilidad de su corazón.»

«¡Ah!, dice el elocuente Loustalot; no fué aquella la palabra de Augusto, cuando al oír el relato de la sangre vertida, golpeaba su cabeza contra el muro diciendo: ¡Varo, trae mis legiones!»

El dolor de los patriotas fué grande por este suceso. Loustalot no resistió. Este joven, que apenas salido del foro de Burdeos había llegado en dos años á ser el primero de los periodistas, el más popular seguramente (pues que sus *Revoluciones de París* llegaron á alcanzar tiradas de 200.000 ejemplares), probó que era también el más sereno de todos, el que llevaba más arraigado en el corazón la libertad. Vivía de ella, moría de su muerte.

Esté golpe le hizo creer que se alejaba por largo tiempo para todos la esperanza de la patria. Escribió su última hoja llena de elocuencia y de dolor, un dolor varonil, sin lágrimas, pero más agudo, cuanto que era de aquellos dolores á los que no se sobrevive. Algunos días después de la matanza, murió á la edad de veintiocho años.